

I

Ahora es cuando más solos nos sentimos. Cuando llega la noche. Cuando lo único que tenemos a nuestro alrededor es la oscuridad. Le tenemos miedo. ¿Por qué? Nos preguntamos mil veces la razón. No le encontramos sentido. Sabemos que detrás de cada sombra no hay nada, pero nadie nos lo puede asegurar. La noche es tan misteriosa.

Cuando nos metemos en la cama y a oscuras nos arropamos es cuando muchas veces más solos nos sentimos. No ver a nadie a nuestro alrededor nos hace vernos solitarios aunque tengamos mil amigos y familiares. Al apagar la luz todo se convierte en tinieblas, penumbras, nada de eso nos sirve, nada de eso nos consuela.

Todos, cuando llega este momento, deseamos que alguien esté a nuestro lado. Tener a alguien en la cama que nos caliente las sábanas. Cuando estás como yo ahora, acompañado tan sólo por la soledad, te das cuenta y te repites que necesitas a alguien. Es imposible seguir viviendo así. Necesitas a alguien que te acompañe, que te diga que te quiere. Así todo sería mucho más fácil, nadie se tendría que preocupar de si te encuentras solo o no.

Cuando alguien se encuentra como yo, sin compañía, desea quedarse enseguida dormido y que la noche pase. Cuando estamos dormidos el tiempo no pasa, si no vuela. Menos cuando se tienen sueños atormentadores o cuando se sueña con esa persona amada por la que lo darías todo. Esa persona que podía ser tu vida, tu consuelo, con tan sólo pedirselo. Una palabra tuya bastaría para que el otro te dijera “sí”, pero no eres capaz de decidir y plantearte si de verdad lo quieres. No sirven para nada todas las indecisiones. Esas dudas de si te rechazarán. No te decides a

decirlo y nadie puede hacerlo por ti. Eres tú quien tiene que decidir y pronunciar ese primer “te quiero, me gustas” y no esperar a que otra persona lo haga por ti, hasta que otra persona le diga que lo amas. Tienes que ser tú quien encuentre ese momento determinado. Tontos somos pensando que nunca es el momento adecuado. Que este preciso momento no es el idóneo para hacerlo y dices “mañana, de mañana no pasa”. Lo creemos muy fácil, pero cuando llega el mañana volvemos a decir lo que Escarlata en *Lo que el viento se llevó*: “Mañana será otro día”, y lo dejamos pasar. Qué engañados estamos en lo que respecta al amor.

El tiempo pasa y sigues sin nadie. Alargas el brazo y sólo encuentras soledad, huecos vacíos. En el otro lado de la cama no nos acompaña ninguna otra persona.

Hay noches en las que no se logra dormir fácilmente y por mucho que se quiera no se llega a conciliar el sueño con rapidez. El otro día fue uno de esos en los que deseaba dormir en menos de cinco segundos.

Me tumbé en la cama. Me arrojé para dormir pero me era imposible. Tenía los ojos expectantes, abiertos como si fuera un búho. Mil ideas recorrían mi mente. Hacía un resumen de lo que había hecho durante el día. Un día como todos, era un día vano, sin ningún acontecimiento especial, como cada día, cada mañana. Me levanté y me metí en la ducha para tomar mi baño. Qué poco se valoran momentos como éste cuando se está bajo la ducha en un baño caliente con el agua cayendo. Una cosa tan sencilla, tan fácil, que te hace sentir tan relajado, liberado de las tensiones. Te metes en la ducha. Dejas caer el agua. Te enjabonas. Después dejas que la espuma caiga por el empuje del agua. No es más que esto, agua, agua caliente que te hace destensar todos los músculos. Te hace sentir bien. Y esa ducha acompañada con el estremecimiento del agua fría hace que te recargue las

pilas y te despierte para todo el día.

Así es como comienzan todos los días mis mañanas, cada día del año, de la vida de este pobre hombre que aquí te intenta transmitir un poquito de sus vivencias.

Leyendo estas páginas te preguntarás por qué me he decidido a escribir, por qué me pongo a contar estas intimidades, cosas y sentimientos que poco le podrían importar a nadie. A menudo necesitamos exteriorizar aunque sean cosas muy íntimas y personales. Sentimientos ante esas vivencias, esas cosas que nos pululan por la mente. Y no somos capaces de exponer en público, a causa de tantos prejuicios que nos aterran, que no nos dejan mostrar como es en verdad nuestro interior. Cada acto que hacemos, cada momento que vivimos, para nosotros puede parecer normal y para otros también, pero hay veces en que sentimos que hoy es distinto, que hay algo diferente a lo de siempre, porque te has levantado con el pie derecho, o decir que hoy es distinto simplemente porque es distinto. Eso cuesta hacérselo ver a otra persona. Te lo tienes que callar y todo se va acumulando en el baúl de los recuerdos. Necesitas expresarlos. Una de las formas que tenemos para hacerlo es escribiendo en un diario todo lo que nos ocurre día a día, como yo estoy haciendo en estos momentos. Narrar unos recuerdos o, mejor dicho, unas ideas, unos pensamientos. Lo único que he hecho hasta ahora ha sido meditar, pensar, pero no recordar ningún hecho, ninguna vivencia.

Todo el mundo debería seguir esta terapia de coger un papel y un lápiz y escribir, ¿el que?, no lo sé. Sólo es una forma de desahogarse. Mejor que un sicólogo, ya que no te cuesta nada, tan sólo el papel y el lápiz. En el folio puedes decir y escribir todo aquello que le dirías a la persona que tienes enfrente pero que nunca te decides a abordar. Quizás esos papeles nunca lleguen a manos de nadie y tal vez sea lo mejor. Nos podría dar

miedo incluso a nosotros el descubrir lo que posee nuestro interior, lo que en verdad pasa por nuestra mente.

En nuestra sociedad existen tantos tópicos, prejuicios que no nos llevan a nada. Nos aterra abandonarlos. Nadie sabe como aparecieron, ni quiénes se los inventaron con esas mentes tan inteligentes. ¿Quién fue el primero que dijo que los hombres no lloran, que es cosa de mujeres, de cobardes? Igual que algunos juegos infantiles e inocentes. El fútbol es de niños, la brutalidad, la violencia es propia del sexo masculino, y las muñecas de niñas, para prepararlas como futuras madres que sólo sirven para criar y llevar la casa. Hay que ver la de tonterías que se dicen, que se hacen. Lo peor es que aún hoy en día, cuando nos encontramos en la era de la informática, el Internet, quedan personas con estas ideas y discriminaciones. Afortunadamente cada día son menos los que siguen esto. Son más los que defienden las libertades, las igualdades, la equiparación entre sexos.

Recuerdo una ocasión, cuando chico, en Reyes. Como es normal, no dormí en esa noche, como ningún niño duerme en espera a que lleguen sus majestades y entre por debajo de su puerta el resplandor de la estrella de oriente seguida por los camellos. Todos permanecen despiertos para poder pillar con las manos en la masa a los reyes y poder conocerlos. En esos Reyes yo había pedido un coche teledirigido. Un coche de esos que manejas a propia voluntad con su mando a distancia. Por desgracia dejé el coche encendido encima de la mesa cuando ya me cansé de jugar con él. Lo dejé para que descansara, no fuera que en el primer día se me estropeará por usarlo mucho. En un descuido me senté encima del mando y pulsé los botones. El coche empezó a andar hasta que se acabó la mesa y se estrelló contra el suelo. Aquel coche con el que había soñado tanto, que era mi

único deseo poseer. Aquel coche irrompible que salía en televisión, se hizo mil pedazos. De mis ojos empezaron a brotar lágrimas, lágrimas de rabia, lágrimas amargas. Rompí en un llanto sobrecogedor. Tan sólo tenía cinco o seis años y estaba viendo ese gran sueño roto por los suelos. Nunca más volvería a andar como en un principio. Mi padre se acercó todo altivo y me dijo: “No llores, niño, los hombres no lloran, eso es cosa de niñas.”

Daba igual que fuera niño o niña, mi juguete se había roto. La rabia y la pena tenía que expresarlas de algún modo. No podría disfrutarlo. Enseñárselo a mis amigos. No podría seguir jugando, y lloraba aún más. Mi padre, envuelto por la desesperación, me sacudía y decía: “Deja de llorar por un trasto, sólo lloran las mujeres, las niñas, las mariconas, y tú no eres ninguna. Los hombres deben ser fuertes y no lloran por porquerías como éstas.” Él se creía más machito, ¿por qué?, ¿porque no soltaba una lágrima?, ¿porque con tan sólo un grito suyo mi madre se volvía sumisa ante él, como un súbdito al rey, o mejor, al tirano?

Esa fue la primera, pero no la última, vez que me lo diría. Tiempo después, no recuerdo muy bien por qué lloraba, tenía una de esas rabietas que se cogen cuando niño sin saber muy bien el motivo. Estaba en mi cuarto echado en la cama con la cara hundida en la almohada con un gran llanto, tanto que mi padre me escuchó desde su habitación. Volvió como meses anteriores con la misma prepotencia diciendo: “Hay que ver. Pareces una nena. Deja ya de llorar, niño blandengue. Debes ser más fuerte. Los hombres no lloran. Los hombres pelean.”

La cosa no es así. Seas hombre o mujer tienes tu corazón. Tus sentimientos deben salir, no sólo las alegrías, las carcajadas, sino la pena y las lágrimas.